

El arte de escribir, mientras se es ama de casa

Teresa I. Fortoul van der Goes



“No podemos elegir quiénes somos, pero podemos elegir quiénes queremos ser.”

SHIRLEY JACKSON

Recorría la casa entre ropa fuera de lugar, restos de alimento en platos sucios, por aquí y por allá. De momento, llegaba una nueva idea y el tiempo se detenía lo suficiente para pegar una nota con una nueva idea para una nueva historia, un nuevo tema. En la puerta de la nevera, en la vitrina de la sala, en el pasamanos de la escalera, notas y más notas que se transformarían en cuentos.

La noche era larga; después de atender las necesidades de la casa y a los cuatro hijos, se sentaba a teclear sin descanso hasta altas horas de la madrugada. Sus escritos van desde los cuentos para niños, otros relatos siniestros, así como varios ensayos y artículos sobre sus vivencias como madre y esposa de un crítico literario¹.

Shirley Jackson no fue bienvenida a este mundo; nació en San Francisco, California, el 14 de diciembre de 1916, producto de una madre joven, a la que ese nacimiento la privaba de la libertad de disfrutar la vida con su atractivo esposo. Shirley enfrentó una relación tormentosa con su madre, Geraldine

Jackson. Geraldine era una mujer obsesionada con las apariencias y el estatus social, y criticaba constantemente a Shirley por no cumplir con los estándares de belleza de la época. Sufrió en silencio una humillación constante. Su condición de niña con sobrepeso y dificultades visuales la obligó a recluirse en sí misma durante su infancia. Esta brecha con su madre se acentuó tras el nacimiento de su hermano, quien pasó a ser el predilecto de la familia².

Desde temprana edad, Shirley gustaba de la lectura y poco de pasar tiempo con otros niños de su edad, y el ser despreciada por los “estándares” de su tiempo durante la adolescencia la hizo retraerse.

Su familia se mudó a Rochester, en donde Shirley inició sus estudios en Brighton High School; se diplomó en 1934 y cursó sus estudios superiores en la Universidad de Rochester, pero no fue lo que esperaba. Su escritura no era apreciada por sus profesores, por lo que decidió cambiarse a la Universidad de Syracuse, en donde florecieron su creatividad y su interacción social; es ahí en donde conoció a su futuro esposo, Stanley Edgar Hyman, que era profesor y crítico literario. Hyman leyó uno de sus relatos y decidió buscar a la autora, ya que lo consideró brillante. Se casó con ella en contra de la voluntad de los padres de ella, ya que él era judío,



además de ser un comunista convencido, y por los tiempos que corrían en Estados Unidos —1940— le traería problemas en el vecindario. Hyman era cuatro años más joven que Jackson, por lo que ella decidió mentir sobre su edad. Entre el sentirse insegura por la juventud del marido y por sus problemas físicos y mentales sembrados por la madre afloraron tempranamente en el matrimonio. Hyman le fue infiel y se escudó en el desprecio a la burguesía y otras ideas que ella no compartía. Vivieron precariamente al inicio, ya que vivían de lo que Shirley ganaba con sus relatos y publicaciones en *The New Yorker* y en otras revistas, hasta que Hyman consiguió un trabajo estable como profesor en Bemington College. Siguieron los problemas; ella cumplía con sus funciones como ama de casa y escribía cuando la única máquina de escribir estaba libre².

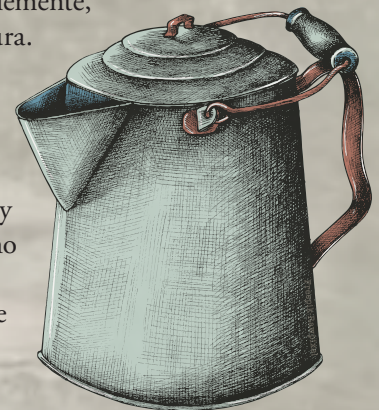
En esa época, para el tratamiento de la obesidad se recetaban anfetaminas, sin control; desarrolló crisis de ansiedad que controlaba con barbitúricos, fumaba sin control y lo mismo ocurría con la comida y el alcohol. Siempre lidió con el problema de sobrepeso; hizo cuanta dieta encontró y varios años después aceptó su sobrepeso, y el gusto de comer se

convirtió en un escape a sus problemas personales². En su contexto no era solo una cuestión de kilos, sino un símbolo de su rebelión (inconsciente o no) contra las expectativas de la “ama de casa perfecta” de su época.

Fue una mujer que, a pesar de haber sido despreciada por los “estándares” de su tiempo, logró canalizar ese dolor en una de las bibliografías más influyentes de la literatura moderna.

Nunca dejó al marido y la madre la persiguió, y las humillaciones siguieron. Su madre solía enviarle cartas reprochándole su peso y su “falta de cuidado” personal, lo que generó en Shirley una profunda inseguridad y un sentimiento de ser una “extraña” en su propia familia. Lamentablemente, todos estos factores pasaron factura. Shirley Jackson falleció de un fallo cardíaco mientras dormía en 1965, con solo 48 años. En ese momento, estaba empezando a recuperarse de su agorafobia y escribía una nueva novela mucho más luminosa.

El perfil clínico fue un caso de estudio clásico para la medicina





psicosomática y la psiquiatría. El aislamiento social disminuyó el rendimiento profesional y suele asociarse al consumo de sustancias para “automedicar” el miedo, algo que ella hizo con el alcohol.

No fue extraño encontrar en las protagonistas de Jackson un reflejo de su propia lucha interna. Sus personajes femeninos solían sentirse “atrapados” en casas, en roles sociales o en sus propios cuerpos.

Las casas fueron muy importantes para ella; *La maldición de Hill House* fue una de las más

conocidas. Para sus relatos hacía planos de las casas, que eran como un personaje más; eran el territorio de lo femenino³.

Uno de sus relatos más famosos, que publicó en *The New Yorker* en 1948, fue *La lotería*, que refirió haber escrito en una mañana; relataba un ritual en un pueblo sin nombre en Estados Unidos que, con el empleo de un sorteo, elegía a una víctima. Una de las innovaciones de Jackson fue situar el horror en un día soleado de verano, con niños recogiendo



pedras como si fuera un juego. Cuando le preguntaban de dónde había tenido la idea de este cuento, ella relató que paseaba a su segunda hija en su carriola, después de haber hecho las compras para la despensa, cuando se le ocurrió la idea de un cuento de terror. Una caja de madera con hojas blancas y una negra determinaría el futuro de una familia. La mayor crítica de Jackson fue hacia la adherencia ciega a la tradición. En el cuento, los personajes no eran villanos malvados; eran los propios vecinos que bromeaban antes de apedrear a alguien porque “siempre se había hecho así”. Sugirió que las peores atrocidades no requerían de monstruos, sino de gente común que “solo seguía órdenes”. Por este cuento, que se publicó el 26 de junio de 1948, *The New Yorker* le pagó 675 dólares, y esa publicación hizo que su buzón se llenara de cartas, que en su mayoría eran de lectores ofendidos, preocupados por el hecho de que el cuento fuera realidad. Desde que el relato se publicó, Shirley no dejó de recibir cartas y comentarios sobre él⁴.

Para entender *La lotería*, había que mirar más allá del impacto de su final. El cuento fue una disección de la conformidad social, y mucho de ese sentimiento de “ser el extraño en el grupo” provenía directamente de la vida de Shirley Jackson, quien no escribió este cuento en el vacío; su vida personal en North Bennington, Vermont, alimentó directamente la hostilidad de la obra. Nunca encajó en la vida rural de Nueva Inglaterra. Fue una total “outsider”, pues como mujer agnóstica, interesada en la brujería y con opiniones liberales en un entorno profundamente conservador y antisemita sufrió ostracismo en la multitud agresiva de la sociedad de la Nueva Inglaterra de los años 40. Indudablemente, la presión de ser la “ama de casa perfecta” en sociedades patriarcales actuaba como un detonante de crisis nerviosas en mujeres con alta

capacidad creativa. Esa sensación de ser vigilada y juzgada por sus vecinos se tradujo en la atmósfera opresiva del cuento.

La influencia más profunda fue la advertencia sobre la erosión de la empatía. Jackson mostró que cualquier sociedad “civilizada” podía volverse salvaje si la estructura social lo exigía.

Había que leerlo para sentir cómo se elevaba la tensión, se erizaba el pelo y se miraba con horror el final de la historia; lo que para unos era un simple juego, algo que siempre se había hecho, para otros era la muerte.

Las anfetaminas que tomaba para bajar de peso y los barbitúricos para poder dormir crearon un choque químico que, según estudios de la UNAM sobre adicciones, agravaba cualquier cuadro depresivo preexistente y conducía a un aumento severo de la paranoia y la ansiedad. El círculo vicioso: anfetaminas y barbitúricos. Esto explicó médicamente por qué falleció a los 48 años de un fallo cardíaco. La combinación de obesidad, estrés crónico y el daño arterial por el tabaco fue, desde una perspectiva clínica, una “tormenta perfecta”. ●

REFERENCIAS

1. Morales G. Shirley Jackson y el horror doméstico en la literatura [Internet]. Jot Down. 2016 [citado 2026 Mar 8]. Disponible en: <https://www.jotdown.es/2016/09/shirley-jackson-horror-domestico-la-literatura/>.
2. Toca Cañedo M. Shirley Jackson [Internet]. La Pajarera Magazine. 2025 Sep 18 [citado 2026 Mar 8]. Disponible en: <https://lapajareramagazine.com/>.
3. Esquinca B. Shirley Jackson: este conjunto de criaturas que soy [Internet]. Revista de la Universidad de México. 2025 Oct [citado 2026 Mar 8]. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/>.
4. González Galante A. La historia detrás de “La lotería” de Shirley Jackson [Internet]. Razón Pública. 2023 Jun 25 [citado 2026 Mar 8]. Disponible en: <https://razonpublica.com/>.

